

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS-2020

1.-Hoy celebramos el don de la santidad. La santidad es un don, es el fruto de la acción de Cristo en el mundo. Cristo actúa y hace santos. Sin él no sería posible la santidad. La santidad es la obra de Cristo sobre los seres humanos que han vivido abiertos a Él, a su gracia.

El camino de santidad de cada uno de nosotros comienza en el bautismo. Sin él no sería posible, porque el bautismo inaugura la acción de Cristo en nosotros por el poder del Espíritu.

Los santos son una muchedumbre inmensa, según el libro del apocalipsis: *“Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos”*. Una enorme muchedumbre de salvados por Cristo, de todas las razas de la tierra, de todas las naciones, pero unidos todos porque han vencido del poder del mal del mundo, por ello llevan palmas en las manos y están vestidos de blanco, porque han lavado sus túnicas en la sangre de Cristo.

2.-Esa muchedumbre de los santos son los que la Iglesia ha reconocido como tales: San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales, Santa Rosa de Lima, Santa Nazaria Ignacia en Bolivia y tantos otros, pero también aquellos “santos de la puerta de al lado”, las madres de familia que han amado, que se han entregado a sus hijos, personas honestas que no se han corrompido, políticos que han estado realmente preocupados por la gente y han trabajado por su pueblo, no corruptos que solo se preocuparon de su propio poder, no los mezquinos egoístas. Personas que han trabajado, se han esforzado, amado y han estado a la altura de la misión que Dios les encomendó. Son santos los que han hecho el bien, los que han dejado un mundo mejor, no los que son violentos y buscan su propio provecho e interés. Son una muchedumbre que representan la obra de Cristo y de su gracia salvadora en el mundo.

3.-Ser santo no es algo inalcanzable para nosotros. Los santos no son personas impecables, que nunca hicieron nada malo. Muchos santos llevaron una vida, antes de conocer a Cristo y, se convirtieron tras conocer a Cristo, recordemos la historia de San Agustín, por ejemplo. Los santos no son impecables, sino que son personas en las que la gracia de Cristo ha dado fruto y han sido lo que Dios esperaba de ellos. Pero hay que ver el conjunto de su vida, no solo una parte de ella. No podemos perder la esperanza de que una persona cambie. Puede ser una persona hoy y cambiar de vida en otro momento. “Lo que hay que mirar es el conjunto de la vida de un santo, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo” (Papa Francisco. Exhortación Apostólica “Gaudete et exultate”). Estamos a tiempo, si nos convertimos a Cristo de ser santos y siempre hay que esperar que la gracia de Dios puede hacer maravillas en personas que, tal vez, en este momento, no están siendo lo que Dios espera de ellas.

4.-Ser santos no es estar tristes y separados del mundo. La imagen de santidad que nos dan las bienaventuranzas son una imagen de felicidad. Los santos son los más felices porque hacen la voluntad de Dios. Más bien, el que se aparta del camino de Dios y vive su propia voluntad, no es feliz jamás.

Fuera de Dios y del camino que él nos encomienda en la vida, fuera de la misión que Dios nos encarga no hay posibilidad alguna de felicidad. Nos parece erróneamente que es feliz quien tiene mucha plata, toma mucho, goza de placer abundante, tiene éxito y poder. Pero si eso significa independizarnos de Dios y de su plan para nosotros, no hay felicidad posible. Quien no hace la voluntad de Dios, no será feliz jamás.

5.-El camino de la felicidad es el camino de la voluntad de Dios y lo dibujan muy bien las bienaventuranzas que hemos escuchado, según San Mateo.

Son felices, dichosos, los que tienen alma de pobres, los afligidos, los pacientes, los que tienen hambre y sed de la justicia, los misericordiosos, los que tienen el corazón puro, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos por ser fieles a Cristo.

Ese es el camino de la felicidad, elegir la pobreza, y no lo es el de la riqueza, la acumulación, la corrupción, el robo.

No lo es el del placer y el gozo olvidándose de la situación de los hermanos. Y si lo es el de sufrir con los que sufren, afligirse con la aflicción de los más pobres del mundo.

No lo es el de la revancha y la venganza, y si lo es el de la paciencia y el confiar a Dios el juicio final del mundo. Ojalá en Bolivia no nos equivoquemos de camino y elijamos el perdón y la reconciliación y elijamos el camino de la concordia y el encuentro, gobernando para todos.

No es camino de santidad y, por tanto, tampoco de dicha y felicidad, ser injustos. Quien es injusto sabiéndolo y hace injusticias a los pobres y es actor de injusticia en el mundo y forma parte de un sistema generador de injusticias, no va por buen camino.

Tampoco olvidarse del pueblo, de sus necesidades, de sus situaciones de emergencia, cerrarle las entrañas y dedicarse a pensar en sí mismo en forma egoísta, ni cerrarse al perdón y la reconciliación. Necesitamos en Bolivia, tanto perdón, tanta reconciliación, tanta misericordia. Los misericordiosos son dichosos, los que optan por la revancha se pierden en el fango del odio.

El camino de la dicha y la felicidad está en el corazón limpio, transparente, sin malas intenciones, lleno de bondad. Las malas intenciones no logran una vida feliz, dichosa y realizada.

La Palabra hoy nos llama a todos a trabajar por la paz, felices los que trabajan por la paz. Necesitamos construir paz en nuestras relaciones sociales, en nuestras familias,

en la actividad política. Trabajar por la Paz nos hace Hijos de Dios, ya que Él es Paz. Trabajar por la guerra, crear enfrentamientos, divisiones, violencia, no nos hace parecidos a Dios.

Por último, la dicha y la felicidad se construyen cuando nos comprometemos con Cristo, aunque hablen mal, aunque nos calumnien, aunque nos insulten. Si somos de Cristo y no nos escondemos, tendremos problemas en una sociedad que no tolera al que es de Cristo, al que se compromete con la verdad, al que dice lo que piensa.

6.-Pero debemos estar felices porque sabemos que tendremos una gran recompensa en el cielo. Nosotros estamos en camino hacia una vida plena. Esta vida presente no es la definitiva. Hay otra que nos espera tras la muerte. Tenemos una gran esperanza: *“aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es”* (1 Juan). La vida de quien espera una plenitud es muy diferente de quien no espera nada. Nosotros esperamos alcanzar el Reino de los cielos, junto a los pobres del mundo, esperamos ser consolados, recibir la tierra en herencia, ser saciados, obtener misericordia, ver a Dios. Tenemos una gran esperanza y esta nos ayuda a vivir en esta vida, pendientes de Dios.

En eso consiste la santidad: en vivir pendientes de Dios, quien sabemos será nuestro premio, nuestro destino, el que nos sacie, el que llene todas nuestras ansias.

Que la esperanza de la vida eterna nos ayude en la vida presente a vivir felices y comprometidos con la justicia.

P. José Fuentes Cano
Secretario General Adjunto
Conferencia Episcopal Boliviana